

# El propio llamado de Dios en el Evangelio



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## **El propio llamado de Dios en el Evangelio**

Nº 2.092

Sermón predicado el Domingo 30 de Junio de 1889 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

*“Inclinad vuestros oídos y venid a mí; escuchad, y vivirá vuestra alma. Yo haré con vosotros un pacto eterno, las fieles misericordias demostradas a David”.* — Isaías 55:3.

Este capítulo tan memorable puede ser llamado el sermón evangélico propio de Dios. Al leerlo nos olvidamos de Isaías, y sólo recordamos a Jehovah. Aquí no nos habla por medio del profeta, sino en primera persona. El propio Dios dice: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí”. Pues bien, nosotros valoramos cada palabra de la Santa Escritura, pero especialmente esas palabras que nos vienen directamente de la boca del propio Dios: no tanto habladas a nombre de Él sino por Él. Tengan cuidado y presten atención a Quien habla desde el cielo. Estas no son mis palabras, sino las palabras del Dios viviente: no soy yo quien les dice que me presten atención; sino su Hacedor, su Dios quien les dice: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí: escuchad, y vivirá vuestra alma. Yo haré con vosotros un pacto eterno, las fieles misericordias de David”.

Desde su comienzo, este capítulo es una súplica amorosa a los pecadores: quita las piedras de tropiezo y elimina las objeciones. Tal vez alguien se lamente así: “¿Quién soy yo, para acercarme a Dios? Soy un pobre pecador que no tiene ni un centavo”. El Señor se anticipa a ese lamento al decir: “Los que no tienen dinero, ¡venid, comprad y comed! Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche”. Si no tienen ningún mérito, si no tienen derecho a nada, aun así, vengan. La gracia inmerecida toca su arpa de oro, y la misericordia la acompaña cantando estas palabras: “Sin dinero y sin precio”.



Si ustedes no se pueden mover porque contemplan con dolor su vida pasada diciendo: “¡Ay, mi Dios, he desperdiciado mucho en otro servicio!” Él te responde que conoce tu pasada insensatez, y te llama para que termines con ella, diciendo: “¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no satisface?” Te pide que recibas ahora los dones sustanciales de Su gracia; porque ellos darán satisfacción al alma.

Si alguien exclama: “Mis necesidades son extremadamente grandes; necesito las más grandes y ricas misericordias o de lo contrario estoy perdido”; el Señor Dios admite esa necesidad, pero se encarga de ella con una provisión completa diciendo: “Oídmeme atentamente y comed del bien, y vuestra alma se deleitará con manjares”. Él sabe que nada te puede ayudar de manera suficiente sino gran misericordia; pero gran misericordia está preparada para ti. No te ha traído nada que sea escaso o insignificante, sino “manjares succulentos y refinados,” una llenura de gozo.

Si hay alguien que se siente temeroso en presencia de una gracia tan sorprendente, y está listo a exclamar: “Señor, no podemos entender que Tú quieras darnos tan grande salvación, pues nosotros merecemos ira y destrucción”. Vean cómo responde a esa duda en el cuarto versículo. La prueba más elevada del amor de Dios a los hombres es esta, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”. Señala a Su amado Hijo, y dice: “¡He aquí, Yo lo he dado! ¡Vean, en el pesebre, lo he dado; en la cruz, en el sepulcro, en su resurrección, en su trono, vean, Yo lo he dado!” ¿Qué otra prueba de amor divino requieren? ¿Qué otra prueba más convincente pueden imaginar? Vengan con toda confianza, y crean que puesto que Dios no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, también con Él nos dará gratuitamente todas las cosas.

Más aún, para que nadie diga: “yo soy un pobre gentil, pero el Antiguo Testamento fue escrito para el pueblo elegido, los judíos”; el Padre habla a Su amado Hijo, y exclama: “He aquí, llamarás a naciones que no conocías, y naciones que no te conocían correrán hacia ti, por causa de Jehovah tu Dios, el Santo de Israel, que te ha llenado de gloria”. No importa a qué raza o nación pertenezcas, Cristo te llama a venir a Él, y quienes son semejantes a ti van a venir a Él. ¡Que esa promesa se cumpla este mismo día en todos los inconversos que escuchan o leen estas palabras!

Queridos hermanos, no tengo necesidad de predicar esta mañana; sólo tengo que seguir la línea de la Palabra del propio Dios. Lo hago con gran confianza en el poder de esa Palabra. Gozosamente voy a ampliar simplemente acerca de lo que el Señor dice, sin darles ninguna sugerencia mía propia. ¡Mi palabra! ¡ah, es la debilidad misma! Pero la palabra del Señor es potente como cuando dijo: “Sea la luz,” y fue la luz y la noche primera fue dispersada. Es tan potente como cuando Él hizo que la tierra muerta y apagada se llenara de hierba, y después se llenara de ganado, y después colocó al hombre sobre todo. Di Señor tu “sea”. Donde está tu palabra, hay poder.

Pero todavía puede ser que algunos digan: “Nos sentimos sin fuerzas e incapaces”. El Señor de la gracia socorre tu debilidad poniéndote un yugo ligero: los preceptos que pone ante ti son simples y fáciles. Él te ha dado oídos y te pide que los uses, diciendo: “Inclinad vuestro oídos y venid a mí; escuchad, y vivirá vuestra alma”. En este momento vamos a mirar los preceptos que salvan que han sido colocados en el texto; y después, vamos a considerar las promesas que salvan que acompañan a los preceptos: “Y vivirá vuestra alma. Yo haré con vosotros un pacto eterno”. Al final, con la ayuda de Dios, vamos a oír atentamente las súplicas que salvan, que encontramos en abundancia en el resto del capítulo. ¡Oh, que podamos hablar solamente en el poder del Espíritu Santo! ¡Oh, pedimos por la salvación, la salvación de todos los que leen este sermón!

I. Aquí hay DOS PRECEPTOS SALVADORES, que son recalcados ante ustedes en este momento; pues el Espíritu Santo dijo en todos sus preceptos, “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Estos preceptos son de carácter simple.

El primero es, “Inclinad vuestros oídos”. Dicho de otra manera, “Oídme atentamente y comed del bien, y vuestra alma vivirá”. Ustedes tienen oídos para oír, por lo tanto oigan. Algunos de ustedes están listos para oír el tintineo del dinero que los invita a alcanzarlo. ¡Oh, que ahora quisieran oír la voz de Dios! ¿Qué significa este “Inclinad vuestros oídos”? Significa, considera y piensa en las cosas eternas. Es la culpa y la insensatez de los hombres del mundo considerar las cosas eternas como cosas sin mayor importancia, indignas de su atención inmediata. Aun desde la cruz el Señor

se queja, “¿No os importa a vosotros, todos los que pasáis por el camino? Mirad y ved si hay dolor como el dolor que me ha sobrevenido y con el cual Jehovah me ha angustiado en el día de su ardiente ira”.

El más grandioso evento que ha sucedido alguna vez ya sea en el tiempo o en la eternidad fue la muerte de Jesús, para salvar a los hombres de la calamidad eterna; y sin embargo este prodigio de amor es despreciado. El ganador de almas tiene que pensar en todo tipo de formas por medio de las cuales atraer la atención de los hombres hacia lo que es su principal bendición. Están absorbidos en su propiedades y en sus mercancías: cualquier noticia en el periódico sin mayor importancia, atraerá su atención y será tema de conversación; pero este evento que les concierne tan cercanamente es olvidado. Ellos prestan su oído a cualquier placer pasajero; pero cuando hablamos del cielo y del infierno no escuchan, sin importar la sabiduría que invirtamos con el objeto de interesarlos. ¡Que el Dios de toda gracia atraiga al descuidado, y lo obligue a inclinar su oído!

Oh, hombre insensato, sé como el invitado a la boda que fue encantado por el viejo marinero, e impedido de poderse unir a la alegre compañía de la boda mientras escuchaba la extraña historia del mar. Nosotros tenemos que contar algo de mayor peso que cualquier historia del mar salado. No te niegues el beneficio de oír la verdad. No robes a tu alma la salvación. Tu Dios te invita a que des toda tu atención a tu alma, a tu alma inmortal, y al lugar donde pasará la eternidad, y la única forma en que esa eternidad se puede volver una eternidad de bendición. Piénsenlo por favor, pues no son ni perros ni caballos; y den toda su atención a lo que tiene la mayor importancia, es decir, su estado eterno. Puedo tener esperanza en ustedes si quieren pensar. Oh almas, ¿por qué pierden su tiempo en relación a lo que tiene tan infinito peso? ¿Por qué necesito suplicarles por eso que es únicamente por su propio bien?

Pero cuando leen, “Inclinad vuestro oídos,” quiere decir, Piensen en los asuntos divinos como Dios los pone delante de ustedes. En estos días quienes se consideran a sí mismos sabios desdennan ser enseñados por la revelación de Dios, y más bien eligen seguir las conjeturas de sus propias mentes. No quieren seguir la Biblia, sino sus propios cerebros, tal como son. Ellos se esfuerzan por elaborarse mapas de navegación de un mar que

desconocen en su totalidad. Definen el camino de la felicidad de la manera que quisieran que fuera. Ciertamente la voz de la sabiduría nos aconseja inclinar nuestros oídos ante quien conoce más que nosotros. Dios ha hablado: debemos aprender de sus palabras en vez de aprender de nuestros propios pensamientos. La ciencia es lo suficientemente buena, pero la omnisciencia es mejor. Dios ha hablado, no necesitamos hacer conjeturas: Dios lo ha revelado. ¿Acaso no quieres ser sabio? Este libro es inspirado por Él: sujeta tus poderes bajo ese registro infalible. ¿Acaso estoy pidiendo demasiado? ¿Acaso el Señor requiere una cosa que no es razonable? Si Él habla, ¿acaso no lo escucharemos? Especialmente cuando Él habla sólo para nuestro bien.

Más aún, observen que esta atención a las cosas eternas, este oír lo que Dios el Señor hablará, debe ser de manera sincera, honesta, continua, atenta y con fe. “Inclinad vuestros oídos,” tal como lo hacen los hombres cuando se inclinan hacia delante para captar cada sílaba, temerosos de no poder quedarse con todo el significado. “Oídmeme atentamente”. No como lo hace el hombre que oye y olvida. Oigan más bien como lo hacían los que eran encerrados en Lucknow (una prisión) y ansiaban su libertad. ¡Cómo la mujer escocesa se alegró cuando oyó, o pensó que había oído el sonido de las gaitas de los gaiteros escoceses en la distancia! ¡Caramba! La simple esperanza de rescate de manos de feroces enemigos los inclinaba rápidamente a oír.

Queridos hermanos, presten al Evangelio su mejor atención. Oigan diligentemente: estén atentos y resueltos. Cuando su mente ha estado atenta durante la reflexión, traten de que retenga todo posteriormente. Traten de captar el significado que Dios da a su Palabra, y vean lo que Cristo quiere mostrarles. Repito nuevamente, les estoy pidiendo aquí, en el nombre de Dios, lo que Le es debido. Quisiera caminar por todo el templo, alrededor de sus galerías y a lo largo de los pasillos, y hacerle la pregunta a cada inconverso: ¿Acaso no es razonable que consideres tus caminos y oigas atentamente a tu Dios? Les suplico, amigos míos, que no se nieguen a ustedes mismos este favor, y que ahora presten atención a los mejores intereses de sus almas.

El segundo precepto surge del primero: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí”. Este debe ser el resultado de inclinar el oído. Vengan a Dios. “¿Cómo puedo venir a Dios?” pregunta alguien.

Ven a Él al menos pensando mucho en Él. Ahora Dios no está en todos tus pensamientos. Algunos de ustedes están muy ocupados en este mismo momento recorriendo puntos de interés, pero no están buscando venir a Dios: ¿debe ser así? Otros están ocupados en ganar dinero; se van temprano a la oficina, y regresan a casa muy tarde, y todas esas horas están tan poco preocupados del cielo como si Dios no existiera. Tal vez no compartamos el ateísmo como doctrina, pero estamos remojados con un ateísmo práctico. Las naciones olvidan a Dios. El Señor te pide que vuelvas tu rostro hacia Dios, y lo busques. Considera la eternidad, y cómo la pasarás, y qué pasará contigo cuando vayas a la eternidad sin Dios.

Cuando hayas venido a Él en el pensamiento, entonces ven por tus deseos. El hijo pródigo en el país lejano inició su retorno a la casa de su padre, donde había pan suficiente hasta para compartir, aún antes de haber dado el primer paso para ir allá; su corazón estaba en camino antes que su pie. Si sientes como si no pudieras venir a Dios de ninguna otra manera, ven al menos por el deseo; desea ser reconciliado con Dios, ansía convertirte en Su hijo, ten hambre de probar su amor. Este es un verdadero venir.

Ven a Dios por la confesión del pecado. Has vivido hasta aquí sin Él; confiesa esa indiferencia. Has pensado que el arrepentimiento y la fe pueden posponerse para una estación más conveniente sin ningún riesgo, y así le has dado a tu Dios largas de manera despreciativa. Confiesa tu equivocación en esto. Has violado la ley, pues no has amado al Señor “con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”. Además de esto, has quebrantado cada mandamiento. Así, has insultado a tu Hacedor; sin embargo, ven a Él con dolor filial y di: “Padre, he pecado”.

Ven a Dios en oración humilde y llena de fe; pídele que te salve, y cree que el que pide, recibe. ¡Qué! ¿No lo vas a hacer? El que no pide cuando la bendición está disponible para que se pida, ¿cómo puedo excusarlo, cómo puedo tenerle compasión, si se muere de necesidad? Vengan al Señor por

medio de la oración y que no se diga, “No tenéis, porque no pedís”. ¡Oh, de qué manera oro para que ustedes vengan con sus oraciones mientras yo les estoy suplicando por medio de mi predicación! ¡Vengan y echen sus cargas a los pies del grandioso Llevador-de-cargas! Vengan con todos sus pecados y dejen ese peso en la cruz. Abandonen sus malos caminos y sus pensamientos perversos, y vuélvanse al Señor, quien perdonará en abundancia.

Estos son los dos preceptos: OIGAN Y VENGAN. No son ni pesados ni poco razonables. ¡Con cuánto empeño quisiera urgirlos para que los cumplan! Me siento avergonzado de mí mismo, puesto que no puedo predicar con mayor emoción; pero no permitan que mis fallas sean la ruina de cualquiera de ustedes. Tengan inclusive mayor empeño que yo, puesto que su propia alma es la que está en peligro. Quisiera salvarlos, si pudiera. Quisiera ganarlos para mi Señor. Estén convencidos de oír diligentemente a su Dios y Salvador ahora mismo.

II. Para animarlos en esto, paso a mi segundo punto, que tiene que ver con LAS PROMESAS QUE SALVAN. Aquí hay dos promesas correspondientes a los dos preceptos.

En el primer precepto se les pide que oigan e inclinen su oído, y la promesa dada es esta: “Y vivirá vuestra alma”. ¡Qué! ¿Vivir por oír? Sí, vivir como resultado de oír; pues “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo”. Si algún hombre se entrega al estudio de la revelación de Dios con diligencia, si se dedica a escudriñar la Palabra de Dios, y a escuchar una predicación llena de amor, sincera, verdadera, espiritual, con toda certeza encontrará vida para su alma. Si con un corazón resuelto a encontrar a Cristo en la Palabra un hombre oye diligentemente, tiene la promesa, “Escuchad, y vivirá vuestra alma”. Algunos se resisten, y dicen, “Yo no puedo creer”. Por supuesto que no pueden creer si no saben qué es lo que deben creer. Pero mientras oyen lo que es, la Palabra inspirada actúa sobre ustedes con un poder que se manifiesta de manera evidente, y su conciencia y su mente y su corazón son afectados por ella. El Espíritu Santo da la vida por medio de la Palabra, y cumple la promesa, “Escuchad, y vivirá vuestra alma”.



Hay tal poder en la Palabra de Dios, que cuando entra en contacto con el corazón que está buscando vida eterna, infunde la vida eterna en él. Voy a intentar bosquejar la manera de su operación. El hombre está oyendo con sinceridad, y se dice a sí mismo: “¡Cómo quisiera poderme encontrar con la salvación de Dios!” Mientras oye, siente una ternura que se desliza sobre él; tal vez una lágrima se escurre por su mejilla. Se queda absorto en la verdad que está oyendo, y se vuelve serio, ansioso y capaz de ser impresionado. La Palabra de Dios es como un fuego que derrite. Cuando el Espíritu Santo está presente, la influencia de la Palabra actúa sobre el alma para quitar el corazón de piedra y formar un corazón de carne. Estén expuestos durante largo tiempo a oír la Palabra de Dios, y a reflexionar sobre ella, y un sentimiento mejor se introducirá en ustedes. A este sentimiento seguirá una medida de esperanza en el Señor. Al principio será como una simple chispa. Se dirán a ustedes mismos en un susurro: “Pienso que, después de todo, puedo ser perdonado y aceptado”. Esta pequeña esperanza será como la primera gota de una lluvia. Esta temblorosa esperanza será la semilla de un gozo muy grande, o la semilla de mostaza del árbol de la santa confianza.

La esperanza que viene al oír la Palabra con atención, es algo que vive y crece, y aumentará hasta llegar a un descanso bendito. Muy pronto la esperanza llevará al alma a suplicar. Tú, que al principio oíste la Palabra sin poner ninguna atención, y que después la oíste atentamente, con mucho sentimiento y con esperanza, comenzarás a orar para que sea cumplida en ti. Me parece que te oigo exclamar: “¡Oh, Dios, bendice tu Palabra para mí. He llegado a una encrucijada, Señor guíame por el camino correcto. Oh, Señor, que Tú quieras darme la vida para correr en él!” Esta oración continuará surgiendo dentro del corazón, y ya no va a cesar hasta que sea escuchada, y el alma reciba de Dios la vida.

Habiendo llegado hasta aquí, el corazón pronto poseerá una medida de confianza en el Señor Jesús, quien es la revelación de la gracia de Dios. Antes de que te des cuenta tú mismo, te encontrarás confiando en el grandioso sacrificio por el pecado. Yo no conozco la manera en que la fe es creada por el Espíritu en la mente humana. Para muchos es un proceso muy gradual. ¿Quién puede decir cuándo la primera luz de la mañana se proyectó sobre esta ciudad? Quienes estaban cuidando cansadamente a sus enfermos vieron una luz gris que se resbalaba sobre el cielo; pero el sol

todavía no se había levantado. Después la luz se volvió más clara, y todavía más clara; pero si habían nubes en el este, aun los que estaban mirando no hubieran podido decir exactamente cuándo el sol se había levantado sobre el horizonte, y el día realmente había llegado. La luz vino por grados, pero vino en realidad. Oh queridos lectores, quiero que mientras están escuchando la palabra, estén orando:

Mientras veo que estás herido, sangrando,  
Muriendo en el maldito madero,  
Quiero poder sentir que mi corazón cree  
Que Tú sufriste así, por mí.

Así, por la luz de la Palabra, el hombre se convierte en un creyente antes que lo sepa. ¿No ocurre lo mismo con otros asuntos? Sentimos que una cosa es verdadera, y lo creemos sin ningún esfuerzo.

Con esa pequeña fe vendrán rayos de gozo; o si la fe es más fuerte, un día completo estallará sobre el alma, iluminando toda la naturaleza con un brillo celestial. ¡Oh, que el Señor quiera darles gozo y paz por medio de la fe en este mismo momento! ¡Oro porque así sea! Me da gusto que ustedes estén oyendo la Palabra. “Escuchad, y vivirá vuestra alma”.

Yo recuerdo que cuando yo buscaba al Señor, me dije a mí mismo: “Si el Señor es encontrado al oír, voy a estar oyendo todo el tiempo”. Ustedes pudieran haberme encontrado tres veces cada Domingo, cuando era sólo un muchacho, en un lugar de adoración o en otro; y nunca dejé escapar ninguna palabra. Prestaba sincera atención a todo lo que se decía. De la manera que el vellón de Gedeón absorbió todo el rocío, así recibía yo la Palabra. Al fin vino a mí la vida divina, mas no al principio. Así será con ustedes, pues está la promesa, la promesa de Dios que no puede mentir: “Escuchad, y vivirá vuestra alma”. ¡Que ustedes puedan entender esa primera promesa al tener su cumplimiento en ustedes mismos!

Ahora consideren la segunda promesa, que es algo muy maravilloso: “Yo haré con vosotros un pacto eterno”. Se une al segundo precepto: “Venid a mí”. El alma exclama: “Señor, si yo viniera, ¿me recibirías Tú a mí?” “¡Recibirte!” dice el Señor, “Yo haré contigo un pacto eterno”. Si vienes a Dios, tan simple como parece ese venir, eso va a implicar resultados

infinitos; pues el Señor hará por ti cosas en abundancia que excederán por mucho lo que pides o aun lo que piensas. Escucha esta promesa, tú que quieres oír la palabra de Dios; y pídele al Señor que cumpla esa promesa en ti de inmediato.

Primero, observen cómo Él promete una relación condescendiente: “Yo haré con vosotros un pacto eterno”. En el original hebreo dice: “Voy a cortar un pacto”. Los pactos se hacían cortando a una víctima en dos partes, y quienes hacían un pacto pasaban entre las dos mitades del sacrificio para ratificar el pacto. El Señor en efecto dice: “¡Pobre pecador arruinado, tú que no tienes ni un centavo para comprar agua, si quieres venir a mí, voy a hacer un sagrado acuerdo y un pacto contigo!” “¡Un pacto conmigo!” dice alguien, “¡Qué! ¿Dios y yo nos convertimos en las partes que hacen el pacto?” Sí. Él hará un pacto contigo. Oh, corazón mío, ¿cómo puedes quedarte fuera? Esto significa vida; esto significa misericordias ciertas; esto significa bendición eterna. “Yo haré con vosotros un pacto eterno,” contigo, un oscuro don nadie, que sólo puedes verte a ti mismo como un montón de suciedad e inmundicia. “Yo haré con vosotros un pacto eterno”.

Dios está listo para hacer contigo un contrato obligatorio. Te va a ligar a Él, y Él se va a ligar a ti. “Yo haré con vosotros un pacto eterno”. Si vienes a Él alguna vez, Él pondrá su temor en tu corazón, para que no te apartes de Él. Él extenderá alrededor tuyo los lazos de su amor y se comprometerá contigo en una unión matrimonial que nunca será disuelta. ¿Tienes preguntas acerca del tenor de ese contrato? Bien, no puedo decirte todo lo relacionado a él esta mañana, pues no me alcanza el tiempo; pero va más o menos de esta manera: “Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Nunca más me acordaré de los pecados e iniquidades de ellos. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Aunque los montes se debiliten y las colinas se derrumben, mi misericordia no se apartará de ti. Mi pacto de paz será incommovible, ha dicho Jehovah, quien tiene compasión de ti”.

Este es un pacto de misericordias. Sí, de “misericordias” en plural, como el texto lo expresa. Dios hará un contrato contigo para darte todo tipo

de misericordias desde ahora hasta el cielo, y para ponerte a salvo en su diestra. ¡Oh, qué promesa es esta!

Así, Dios va a establecer una alianza contigo que no tiene fin. “Yo haré con vosotros un pacto eterno”. Yo verdaderamente recuerdo cómo esto me atrajo hacia Cristo. Cuando vi que su gracia era eterna, deseaba gozarla. Si alguna vez llegaba al Señor Jesús, nunca dejaría que me alejara de Él; esto creaba en mí un vehemente deseo de Él.

Una vez en Cristo, en Cristo para siempre;  
Nada puede separarnos de Su amor.

La eternidad de la misericordia es un ingrediente esencial para hacerla de mucho valor. No me interesaría predicarles un evangelio que fuera sin valor y de carácter temporal, que trajera esperanza por una corta temporada; pero me gozo en proclamar el pacto eterno de mi Señor. Ven, pobre pecador, ven a Jesús, y tendrás vida eterna. No te estamos ofreciendo un boleto para la mitad del camino de aquí al cielo; sino un boleto hasta tu destino final, un boleto sin regreso. Si te subes a este tren del pacto, va a llegar a su destino sin sufrir desperfectos. Entrégate al Señor, para ser suyo para siempre, y Él hará contigo un pacto eterno.

“Oh,” dices, “¿pero qué pasa si vengo a Dios, y confío en Él, y sin embargo no ocurren estas cosas?” No pueden fallar, pues Él las llama “las fieles misericordias demostradas a David”. Si crees en Jesús, tú estás perdonado ahora. Tan ciertamente como Dios es Dios, si vienes a Él por medio de Cristo Jesús tú eres salvo, no solamente por un tiempo, sino por la eternidad. El pacto es ordenado en todas las cosas y seguro. Dios ha dicho: “Nunca te abandonaré ni jamás te desampararé”. “¡Oh, la misericordia de Dios en esto!”

Observen que comparamos lo que Él da al pecador a lo que dio a David. David ya viejo estaba por morir; su fuerza lo había abandonado, era un hombre gastado, y pronto se iría a la eternidad. Es interesante verlo. Hay lágrimas en sus ojos cuando piensa en Absalón y en el resto de su familia descarriada, y exclama: “¿No es así mi casa para con Dios? Pues él ha hecho conmigo un pacto eterno, ordenado en todas las cosas y seguro”. Ese es el tipo de pacto que Dios hará contigo. No estoy hablando del hombre de

la luna, sino de ustedes que están a mi alrededor, de ustedes culpables que inclinan su oído a Él. El Señor les dice a ustedes: “Yo haré con vosotros un pacto eterno, las fieles misericordias demostradas a David”. Cuando llegues a la hora de tu muerte, espero que no tengas que confesar los pecados de David; pero espero que tengas este pacto en el que apoyarte. Estoy agradecido que David no era un hombre perfecto ni mucho menos, pues ahora puedo encontrar consuelo en su confianza. Él estaba lleno de debilidades y pecados, y sin embargo se podía gozar en el pacto de la gracia; y también yo, con todas mis faltas, me puedo aventurar a hacer lo mismo. Yo también puedo decir, “Pues Él ha hecho conmigo un pacto eterno”. ¡Cuánta cantidad de consuelo evangélico hay en estas palabras! Esperamos que todos ustedes quieran venir a Dios de tal manera que Él haga con ustedes un pacto eterno!

El pacto es todo en Cristo. Jesús, Emanuel, Dios con nosotros. Con Él es hecho este pacto. Un Hijo más grande que el gran David nos es dado para que sea nuestro líder. El pacto es con Él. Él estuvo en nuestro lugar en ese terrible día cuando el Juez de toda la tierra ejecutó la justicia sobre nuestra Garantía. La tormenta fue dirigida para que estallara sobre Su cabeza; la espada de la justicia encontró su vaina en Su corazón; y ahora es la cabeza del pacto de todos los creyentes; y Dios ha hecho con nosotros en Cristo “un pacto eterno, las fieles misericordias demostradas a David”. Así he presentado ante ustedes el precepto y la promesa.

III. Nuestro tercer trabajo es presentar LAS SÚPLICAS DE SALVACIÓN DEL PROPIO SEÑOR. No deben ser mías, sino del Señor. Continúo con el capítulo.

La primera súplica por la que pido su atención es, que Dios mismo les habla a ustedes. Es Él quien dice: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí”. ¿Pueden darse cuenta por un momento de la presencia de Dios? ¡Oh, que Él se haga aparente a ustedes! No estoy pidiendo ni por truenos ni por relámpagos, para hacerles sentir el terror de su majestad; ¡pero ustedes pueden saber con certeza que el Señor está aquí! Supongan que oyeran una extraña y misteriosa voz desde aquel domo, diciendo: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí; escuchad, y vivirá vuestra alma”. Me temo que el único resultado sería que ustedes se sobresaltarían en vez de ser impresionados de



manera salvadora. Pero, ciertamente, es el Señor Dios Todopoderoso quien dice: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí”. Les ruego encarecidamente que no rechacen a Quien habla desde el cielo. Por la paciencia que los ha mantenido con vida hasta ahora, por el amor que les ha aguantado su mal comportamiento y sus provocaciones, les suplico encarecidamente que ahora inclinen sus oídos a la misericordia del Señor. Ustedes escucharían a su madre. ¡Ah! cómo desearían que ella estuviera aquí en la tierra para rogarles, aunque ustedes despreciaron sus advertencias cuando aún vivía! Alma, ¿acaso no quieres oír a tu Dios, a tu benefactor? Vuélvete, te ruego, a su llamado.

¡Acepta su tierna invitación! Ven ahora y no te demores. Di de una vez:

Señor, Tú has ganado, por fin me rindo;  
Mi corazón, impulsado por la gracia poderosa,  
Se rinde todo a Ti;  
Contra tus terrores me enfrenté por mucho tiempo  
Pero ¿quién puede enfrentarse a Tu amor?  
El amor me conquistó también a mí.

Más aún, el Señor te ruega por el hecho de que tu día de misericordia no ha terminado. Lean el versículo número seis: “¡Buscad a Jehovah mientras puede ser hallado! ¡Llamadle en tanto que está cercano!” Dios puede ser encontrado. ¡Cuán bendito es eso! ¿Acaso has sido tú un borracho? Sin embargo Dios puede ser encontrado. ¿Estuviste anoche compartiendo con malas compañías? Sin embargo todavía no estás encerrado en el infierno, y el Señor de amor todavía puede ser encontrado. ¿Acaso eres ya muy viejo, y durante mucho tiempo has despreciado a tu Salvador? Él todavía no ha cerrado la puerta de la misericordia: Él puede ser encontrado. Búscalo de inmediato, cuando la búsqueda todavía puede tener éxito. “¡Llamadle en tanto que está cercano!” Dios todavía puede escuchar nuestro llamado. No está lejos de ninguno de ustedes. Aunque no hables, Él oirá los latidos de tu corazón. Oh, hombres y mujeres, invoquen a su Dios mientras Su oído está inclinado hacia ustedes.

La muerte viene en camino, y puede adueñarse de ustedes antes de que concluya este día. Entre una reunión de servicio de la congregación y la siguiente, alguien de ustedes caerá abatido por la jabalina de la muerte.

Busquen a Dios, queridos lectores, mientras haya tiempo de buscar. Antes de que el sudor de la muerte se plante en su rostro, y que su alma revolotee en el borde de la oscura eternidad, busquen al Señor con todas sus fuerzas. Mientras Él está cerca de ustedes, invóquenlo: mientras pueda ser encontrado, búsquenlo. ¿Acaso no les pide la voz de la sabiduría que hagan esto?

El Señor lleno de gracia menciona todavía otro hecho más, que debería conducirlos a venir a Él, es decir, que Él quiere y está listo para perdonar todas sus ofensas pasadas. “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase a Jehovah, quien tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, quien será amplio en perdonar”. Yo no sé lo que piensan de esas últimas palabras, “amplio en perdonar”; pero para mí son tan dulces que yo utilizaría toda la orquesta del Festival de Händel para acompañar el canto de esas palabras. “¡Amplio en perdonar! ¡Amplio en perdonar!” ¡Ustedes tienen pecado en abundancia; abundancia fatal! Pero aquí hay abundante perdón. ¡Ustedes se duelen de la abundante dureza de corazón! Sí, pero el perdón abundante disolverá la piedra. Cuán abundante es ese perdón, el Señor no nos lo dice; pero ciertamente es superabundante. “Pero en cuanto se agrandó el pecado, sobreabundó la gracia”. Noten la palabra: la gracia no solamente abundó, sino que “sobreabundó”. ¡Qué Dios es éste que nos llama a Él! Ven, tú pecador ennegrecido; ¡Jesús quiere y puede hacerte blanco! Ven, tú el primero de los pecadores; pues Él es el primero de todos los Benefactores, y te puede bendecir de tal manera que tus peores manchas saldrán, y cada una de las virtudes y la gracia adornarán tu carácter. Tal seguridad llena de gracia, nos debería motivar a venir a Él; ¿Acaso no es así? ¿Qué otra campana con un sonido tan dulce nos puede llamar a la mesa del Señor sino ésta, cuyos sonidos de plata repiten: “amplio en perdonar”?

Después viene el gran elemento de persuasión de la magnanimidad de Dios. Oigan las palabras: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice Jehovah. Como son más altos los cielos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más altos que vuestros pensamientos”. Ningún hombre sabe cuán grandes cosas Dios ha destinado para él. Ustedes pobres pecadores que inclinarán sus oídos y vendrán a su

Dios, muy poco saben de las grandes bendiciones y honores que el Señor ha decretado para ustedes, ¡ni qué hay en su mente en relación a ustedes! ¿Les digo un secreto? Antes de que ustedes nacieran y antes de que fuera hecho este mundo redondo, el Señor pensó en ustedes; el nombre de ustedes estaba en su libro, la persona de ustedes estaba en su corazón; el Señor los amó, y los eligió para Él desde tiempo antiguo. ¿Oyen eso? Ustedes son sus elegidos: Él los ordenó para vida eterna, y Él da gratuitamente esa vida. ¿Les digo un poco más de ese secreto? Él los entregó a Su Hijo, para que fueran Su porción, Su recompensa, Su Novia; y ese Hijo Divino tomó a su cargo el redimirlos, salvarlos, y traerlos de manera segura a Su eterna gloria. En este momento Dios ordena para ustedes su servicio aquí abajo, y su presencia en el mundo venidero. Si ustedes ciertamente oyen atentamente Su voz, Él los hará Sus hijos; y, como un hijo, serán herederos de Dios, herederos conjuntamente con Jesucristo. Ustedes se consideran lo peor de lo peor, y los que menos merecen entre todos los hombres, y puede ser que así sea; pero la infinita gracia de Dios los pondrá entre la simiente real; pues toma al mendigo del basurero y lo coloca en medio de sus príncipes, entre los principales de su pueblo. Oigan sus palabras llenas de gracia: “Puesto que ante mis ojos tú eres de gran estima, y eres honorable, y yo te amo”. “¡Honorable! Da la impresión que no está hablando de mí!” Aunque así sea, Él puede ennoblecer al caído, y es Él quien dice: “Puesto que ante mis ojos tú eres de gran estima, y eres honorable”. El Señor determina hacer por ti nada menos que sentarte en Su trono, en la imagen de Cristo, sin mancha ni arruga, ni cosa parecida. ¿No es cierto que sus pensamientos son elevados y sus caminos celestiales?

Tú verás pronto mi gloria,  
Cuando la obra de la gracia haya sido terminada;  
Participante de mi trono serás.  
Dime, pobre pecador, ¿me amas?

Tu respuesta debe ser: “Oh, Señor, yo debo venir a Ti; pues Tú me atraes con lazos tiernos pero a la vez poderosos”. ¡Oh, la gloria de la gracia divina! ¡Oh que tú quisieras venir y saber cuán profundas son las minas del amor de Jehovah, cuán grandes las bendiciones de Su favor!

¿Acaso oí que alguien exclamaba: “Me siento tan torpe y tan necio; no puedo venir como pudiera desearlo”? Muy bien, vayamos al primer precepto: “Escuchad, y vivirá vuestra alma”. “Yo he sido un oidor durante mucho tiempo,” dice alguien. ¿Acaso has sido un oidor sincero y atento? ¿Has oído la Palabra de Dios como la verdad segura e infalible? Entonces debes ser un oidor con más fe. Ten la esperanza que la Palabra te va a bendecir. Oye cómo el Señor argumenta el poder de su Evangelio: “Así será mi palabra que sale de mi boca: No volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo cual la envié”. Oigan atentamente la voz de Dios, y dejen que penetre en su corazón; entonces les dará vida y los salvará de manera tan cierta como la nieve y la lluvia traen agua a la tierra. La nieve no se derrite de inmediato, pero se vuelve agua al cabo de un tiempo, y entonces es doblemente efectiva suministrando agua a la tierra.

El diablo los tienta para que dejen de oír el Evangelio. No le presten atención. Oigan con doble diligencia; pues si no quiere que ustedes oigan es porque tiene miedo de perderlos. Oigan con diligencia, y crean con firmeza, y muy pronto ustedes estarán saturados con el poder de la gracia de la manera que la tierra es remojada por la nieve y la lluvia, que caen del cielo, pero que no regresan allá. Recuerden, es la Palabra de Dios, y en ese hecho se basa su esperanza de obtener la vida por su medio.

Por último, el Señor persuade a los hombre a venir a Él hablándoles del gozo que obtendrán al venir. Sé que me estoy dirigiendo a almas que están buscando, que se sienten miserables y casi en la desesperación. “¡Ay!” exclama alguien, “pronto estaré fuera del alcance de la esperanza”. “No,” dice el Señor, “saldrás con gozo”. “¡Ay!” suspiras, “seré conducido a mi ejecución”. “De ninguna manera,” dice el Señor, “serán conducidos en paz”. Estas no son mis palabras; estas son las propias palabras del Dios viviente; escúchalas con atención: “ciertamente, con alegría saldréis y en paz os iréis. Los montes y las colinas irrumpirán en cánticos delante de vosotros, y todos los árboles del campo aplaudirán”. Hace mucho tiempo que no aplauden; pero lo harán en éxtasis y todos los árboles se unirán a ustedes en su júbilo. Hasta ahora el mundo ha parecido no tener ningún brillo al igual que ustedes; pero se pondrá brillante. Ustedes caminaron, el otro día, por los campos, pero encontraron poco descanso en medio de las

ovejas y de los corderos, pues se sentían más bien como lobos. Los propios pájaros en las ramas de los árboles parecían burlarse de ustedes al permanecer callados debido a su ingratitud para con Dios. A veces, el río que corre silencioso con toda su chispa de gozo, medio los tentaba a lanzarse a sus profundidades y encontrar así una tumba líquida. La tierra no es sino el vestíbulo del infierno para la conciencia que no tiene paz; pero si oyen atentamente a su Dios, Él puede convertirla en el pórtico del cielo. Escuchen esta promesa. Crean en ella y se darán cuenta que es verdadera. Entrarán en una nueva vida, y el mundo será un mundo nuevo para ustedes.

“¡Ah!” dice alguien: “Dios no logrará mucho conmigo. Aun si tuviera un poco de gozo y de alegría, nunca podría ser verdaderamente un honor para Él”. Él te llama a venir a Él por la naturaleza efectiva de su obra. Ciertamente, tú eres una tierra espinosa, cubierta con zarzas, y espinos y ortigas. Si fueras abandonado en la esterilidad te lo tendrías muy bien merecido; pero Sus pensamientos no son tus pensamientos, ni sus caminos son tus caminos. Esto es lo que Él va a hacer contigo: “En lugar del espio crecerá el ciprés; y en lugar de la ortiga, el mirto. Esto servirá de renombre a Jehovah, y de señal eterna que nunca será borrada”. Ese temperamento lleno de espinos que tienen ustedes se volverá tierno y generoso. Esa malicia sobre los cardos dará lugar al perdón y a la compasión. La blasfemia cederá ante la devoción, el vicio ante la santidad, la mentira ante la verdad y el orgullo ante la humildad.

Ese pecado de la borrachera, que ha sido como una valla de espinos para ti, y para tu esposa y tu familia, dará lugar a la sobriedad, al trabajo, al ahorro, a la piedad, al amor de Dios, y al gozo en el Espíritu Santo. Si oyes y vives, y vienes a Dios para entrar en pacto con Él, el día vendrá en que no te conocerás a ti mismo, porque tu cambio será muy grande. Misericordia, en el “Progreso del Peregrino” de Bunyan, se echó a reír cuando vio lo que el Señor iba a hacer por ella; y si algunos de ustedes vieran lo que el Señor está a punto de hacer con ustedes, se reirían también. No se reirían como Sara, que no podía creer lo que se le había dicho; sino como Abraham, que sintió el gozo de la bendición que iba a recibir a través de la fe. Amados hermanos, en este momento yo me gozo porque yo, un pecador sin ningún mérito, voy a habitar con el Señor Dios en la gloria.



Voy a contemplar su rostro,  
Voy a adorar su amor;  
Y cantaré las maravillas de Su gracia  
Por toda la eternidad.

Sí, yo voy a hacer eso; y también todos ustedes que creen en la promesa de nuestro Dios fiel. ¡Que su dulce Espíritu tiernamente los lleve a Él! y si es así, “Esto servirá de renombre a Jehovah”. Él recibirá una grandiosa reputación a causa de su grandiosa gracia; de la misma manera que un doctor se hace de un gran nombre curando enfermedades terribles. Lo dirán en el cielo, que tú eres salvo, y a través de toda la eternidad los ángeles y los principados en los lugares celestiales verán en ti un monumento de gracia, un trofeo del amor que todo lo conquista.

Que así sea; y al nombre de Jehovah, cuya misericordia permanece para siempre, sea la gloria y el honor por toda la eternidad. Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "C. H. Anderson".